

FRASQUET, Ivana; PERALTA, Víctor (eds.),
La revolución política. Entre autonomías e independencias en Hispanoamérica

Madrid, Marcial Pons, 2020, 302 pp.

Josep Escrig Rosa

Universidad Nacional Autónoma de México

Cómo citar esta reseña: ESCRIG ROSA, Josep (2021). Frasquet, Ivana; Peralta, Víctor (eds.), *La revolución política. Entre autonomías e independencias en Hispanoamérica*. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, (23), pp. 478-481, <https://doi.org/10.14198/PASADO2021.23.22>

No resulta fácil reseñar un libro que ha sido considerado por los especialistas como una de las aportaciones «imprescindibles» publicadas en 2020¹. *La revolución política. Entre autonomías e independencias en Hispanoamérica* constituye un volumen colectivo en homenaje al profesor Jaime E. Rodríguez O. (University of California – Irvine). Como se sabe, este ha sido uno de los historiadores que más ha contribuido a la renovación de los estudios sobre las emancipaciones americanas a partir de la década de 1990, junto a otros investigadores como François X. Guerra (1942-2002). Su influyente *La independencia de la América española* (FCE, 1996) continúa siendo un punto de referencia ineludible para todos aquellos interesados por las transformaciones revolucionarias que, desde el ámbito de lo político, llevaron al colapso de la monarquía católica y al alumbramiento de los modernos estados nacionales entre 1808 y 1824. Rodríguez resaltó la importancia del liberalismo hispánico en América –siguiendo la estela marcada por su maestra, la historiadora Nettie Lee Benson– y recuperó la influencia de la neoescolástica en la reasunción de la soberanía por parte de las juntas que se organizaron para responder a la crisis dinástica que siguió a la invasión napoleónica. Además, planteó una tercera

vía para entender el proceso de las independencias: entre la fidelidad absoluta a la corona y las propuestas insurgentes de ruptura, rescató las alternativas autonomistas. Estas buscaban un mayor grado de autogobierno dentro de las estructuras de la monarquía, sin quebrar el vínculo con esta. Dicha tesis –presentada aquí de forma necesariamente somera– permitió abrir nuevas vías de análisis que cuestionaron las interpretaciones historiográficas tradicionales, a pesar de que ha sido objeto de revisiones y matices a medida que se han producido nuevas aportaciones. Muchos investigadores reconocen su deuda con la extensa obra de Rodríguez, al cual bien se puede considerar un maestro de historiadores. El volumen que nos ocupa se abre con un texto inédito del mismo que pronunció como conferencia inaugural del XVIII Congreso Internacional de la AHILA (Asociaciones de Historiadores Latinoamericanistas Europeos). En dicho acto tuve la oportunidad de presentar la trayectoria académica de este reputado profesor.

Cada uno de los autores que participan en este libro colectivo aborda aspectos que en su día estudió, planteó como hipótesis o interesaron al profesor Rodríguez. En el primero de los ensayos, Inés Quintero entra en diálogo directo con su obra para matizar su lectura del proceso electoral que tuvo lugar en Venezuela, los meses de octubre y noviembre de 1810, con el objetivo de formar un Congreso propio. La historiadora resalta las diferencias entre las propuestas de representación de la convocatoria para elegir diputados a las Cortes de Cádiz, en la que no se tenía en cuenta el número de habitantes de los territorios americanos, y la de la junta de Caracas, en la que sí que resultaba central dicho principio y se reducían los requisitos excluyentes. El escaso número de diputados americanos en las sesiones de la Asamblea gaditana (28 de un total de 102) no hizo sino agrandar estas tensiones, hasta el punto que Venezuela fue el primer territorio hispanoamericano en proclamar la independencia absoluta de la monarquía, en julio de 1811. En la segunda contribución, Brian Connaughton plantea algunos temas sobre las complejas relaciones entre religión y política con los que ha mantenido un interés compartido con Rodríguez. Concretamente, ofrece pistas para responder a un aspecto nodal de la historia mexicana que inquietó a este: la manera en que los eclesiásticos fueron perdiendo su liderazgo en la sociedad y la vida pública en el transcurso del siglo XIX, cuando habían jugado un papel clave en el periodo de la independencia y en los primeros años de la república. Connaughton rastrea las raíces de las tensiones Iglesia-Estado desde el Setecientos en adelante, evidenciando el progresivo desgaste de ese nexo. Como punto de disensión con las afirmaciones de Rodríguez, el autor ha demostrado en su dilata trayectoria

la inestabilidad de la mancuerna Altar-Trono y el carácter disputado de la identidad católica nacional.

En el segundo bloque de estudios, Víctor Peralta retoma sus trabajos sobre el virrey peruano José Fernando de Abascal para rastrear los mecanismos a través de los cuales se configuró la imagen de un héroe contrarrevolucionario a raíz de las campañas contra los autonomistas chilenos. Peralta demuestra que el triunfo sobre estos no fue tanto el resultado de sus decisiones militares, muchas de las cuales resultaron erráticas en el transcurso de la guerra, sino un logro en el que participaron otros agentes interesados en la «reconquista». Tras la ocupación de Santiago de Chile, en octubre de 1814, se desplegó una operación propagandística para presentar a Abascal como un padre magnánimo que había enderezado la conducta errática de sus hijos. Muy relacionado con estos asuntos, la zona del Alto Perú (o Provincia de Charcas) es objeto de atención por parte de Marta Irurózqui. Siguiendo las tesis de Rodríguez, en su trabajo demuestra la importancia que tuvo la postura autonomista para los charqueños a la hora de evitar quedar supeditados a los intereses del gobierno de Buenos Aires o de Lima. Ello contribuyó a crear progresivamente una conciencia de gobierno autónomo y de capacidad de gestión que, a través del principio de representación, terminaría llevando a la formación de Bolivia en 1825.

Ahmed Deidán de la Torre dedica su capítulo al Reino de Quito, uno de los espacios que más interesaron a Jaime E. Rodríguez O. en su trayectoria. El autor habla de «sueños frustrados» para referirse a los reiterados intentos de los quiteños para conseguir su autonomía respecto de los centros virreinales de Santa Fe de Bogotá y Lima y, a su vez, lograr el reconocimiento de las autoridades de los territorios vecinos. Por su parte, Ana Luz Borrego nos traslada a la Gobernación de Cuenca, al sur de la Audiencia de Quito. A través de ese espacio la autora muestra el papel que desempeñaron los indígenas en el contexto de la revolución gaditana. Los derechos que les reconoció la Constitución de 1812 les permitió participar en los procesos electorales, ganar comicios y erigir nuevos ayuntamientos. El discurso liberal fue interiorizado por las comunidades, provocando un cambio en la cultura política que no pudo borrar el golpe reaccionario de 1814.

Los trabajos de Scott Eastman e Ivana Frasquet reparan en el territorio mexicano, ámbito privilegiado por Rodríguez en sus investigaciones. El primer autor retoma el concepto de «esfera pública católica» para incidir en la importancia de la religión en la configuración de la cultura política moderna. La nacionalidad católica trascendió el ámbito peninsular y definió la conformación del Estado-nación mexicano. Los discursos de naturaleza religiosa sirvieron para reclamar la unidad de la monarquía entre 1808 y 1820 y, a raíz del inicio

del nuevo ciclo liberal, a la hora de sustentar la independencia del país. A este segundo momento dedica su aportación Ivana Frasquet. Siguiendo la estela de las investigaciones que ha venido dando a conocer en los últimos años, la historiadora destaca el papel de los diputados mexicanos en las Cortes del Trienio Liberal y el eco de sus propuestas en Ultramar. Concretamente, aporta datos novedosos sobre la trama urdida en torno a la preparación del conocido plan para descentralizar la monarquía y establecer tres secciones de Cortes en Hispanoamérica, con cabeceras en México, Santa Fe de Bogotá y Lima. El rechazo de estas propuestas de autogobierno por una parte del liberalismo español, así como por Fernando VII, abocó a las independencias restantes del territorio americano.

Las tres últimas contribuciones de este volumen tienen un cariz especial y se presentan bajo el título de «testimonios». Mariana Terán remarca la importancia que tuvieron las enseñanzas de la profesora Benson en la formación intelectual de Jaime E. Rodríguez O. De esta aprendió la trascendencia del legado gaditano en la transición de los territorios Hispanoamericanos de colonias a naciones. Terán repasa cómo las tesis de Rodríguez han contribuido a renovar la historia política mexicana y, en particular, de Zacatecas, ciudad con la que tuvo una estrecha relación a raíz de los eventos a los que fue invitado a participar. Miriam Galante recorre los avatares de la revista *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, de la que el profesor Rodríguez fue su editor general entre 1985 (fecha de la fundación) y 2010, y entre 2012 y 2015. Como resalta Galante, durante esos años la publicación se convirtió en un puente de comunicación entre EEUU y México y en un foco de renovación intelectual de los estudios sobre el segundo espacio, especialmente en el ámbito de la historia y de la antropología. El volumen se cierra con la emotiva aportación de Linda Alexander Rodríguez, compañera del homenajeado. En esas últimas páginas encontramos un detallado recorrido por su azarosa trayectoria vital y profesional que nos permite conocer al profesor más allá de sus publicaciones y conferencias.

En definitiva, *La revolución política* constituye una aportación sustancial a la historia de las independencias hispanoamericanas. Por un lado, recoge algunas de las principales tesis que en los últimos años han actualizado nuestra comprensión de un proceso histórico complejo. Por otro, deja abiertos nuevos caminos interpretativos para las nuevas generaciones de historiadores americanistas.